

Ceremonia de entrega de Reconocimiento que la ANFECA hace al C.P.C. Nicolás Humberto Cuéllar Romo como Maestro Emérito, el día 23 de junio de 2010.

Estoy aquí para hablar ante ustedes por el reconocimiento que, como Maestro Emérito me da la Asociación Nacional de Facultades y Escuelas de Contaduría y Administración (ANFECA). De sobra está decir que me siento muy honrado, que esta gran y prestigiada Asociación diga pública y solemnemente, que lo he hecho bien en mi labor académica. Que los iguales lo reconozcan a uno, es un gran honor porque son los concededores y los más duros jueces. Un reconocimiento de la ANFECA tiene una importante validez por su historia, por su prestigio y por que esta Asociación la forman las más prestigiadas Instituciones de Educación Superior de nuestro país. Cabe mencionar que quien me antecedió con este reconocimiento es mi gran amigo y sé que en algún lugar nos está escuchando sonriendo. Él fue una persona que todos nosotros quisimos y respetamos enormemente, Don Arturo Díaz Alonso, a quien desde aquí le mandamos un gran aplauso.

Para mí resulta importante hablar frente a este auditorio lleno de personalidades, Dr. Iván Elizondo Cortina, representante del Sr. Gobernador del Estado de Morelos; Dr. Juan Alberto Adam Siade, Presidente de ANFECA; Ing. Javier Espinosa Romero, Rector de la Universidad Internacional; Expresidentes de ANFECA; representantes de los organismos colegiados, compañeros miembros del Consejo Nacional Directivo, directores de las Universidades afiliadas, maestros de nuestras Instituciones y alumnos ganadores de los maratones. La tradición impone que en un acto como este haga una pieza oratoria llena de declaraciones personales y de confesiones; no queda más remedio que hablar de uno mismo y de sus convicciones; lo que si se hace de vez en cuando, puede no ser de mal gusto. Me gusta hablar en público, procuro hacerlo con cuidado y respeto porque como contador, nunca debo perder el control.

Hace muchos años, Don Arturo Díaz Alonso me mostró por primera vez una frase que me deslumbró, después supe que era de Terencio. "Hombre soy y nada humano me es ajeno" y todos los días la descubro nuevamente. Es una frase con gran humildad y al mismo tiempo una afirmación soberbia; libera y compromete a la vez, quiere decir que por mi vida puedo conocer la vida de todos los humanos, que en mí están ustedes, que nosotros somos yo. Por eso puedo exigir y exigirme siempre un esfuerzo de superación.

Por tanto, hablaré de mi vida bajo el supuesto de que es cualquier vida y de que mis búsquedas son las de muchos. Soy un hombre enamorado de mi esposa, comprometido y con gran cariño por mis hijos y nietos, creo en la felicidad y entiendo que vivir es difícil. Como exalumno, amo

profundamente a la UNAM y a la EBC y no encuentro a muchos que sientan el enamoramiento permanente por su *alma mater*.

Me acompañan en mi corazón mis padres, mi nuera Mariana, mi nieto Diego Emilio y mis hermanos ausentes; y en este auditorio, mi esposa Chío, mi hijo David, mis hijas Pau y Chío, mi yerno Mauricio, mi nieta Anne Sophie, mi hermana Licha, mis compañeros directores de la EBC, Ricardo González, Guillermo Pérez, Roberto Galván y Arturo García. A todos ellos les pedí que me acompañaran; yo no sé si tenían ganas de venir; sé que quiero que estén aquí para agradecerle a la vida que me los dio.

Como verán, con lo que les voy a compartir, se darán cuenta que estoy muy agradecido con Dios porque me ha dado de sobra y le debo cambio. Tuve la dicha de vivir mi infancia en la ciudad de Aguascalientes en una familia como muchas otras con hermanos inteligentes y trabajadores. Bendigo la suerte que me dio un padre que tuvo una vida llena de trabajo y de retos, y una madre entregada a la formación y educación de nosotros. En la mesa de la cocina o del comedor los once: mi padre, mi madre, mi hermano, mis siete hermanas y yo, todos teníamos un lugar y discutíamos, podíamos hablar de temas que fuera de la mesa era complicado tratar: Cómo veíamos al novio en turno de alguna de las siete, de las heridas que me había causado el caballo que me había tirado por la mañana o de la boleta de calificaciones que alguno de nosotros extrañamente no se había acordado de entregar a nuestros padres. Recuerdo que siempre en nuestra comida estaban presentes las Hermanas Águila y Agustín Lara cantando para nosotros en un pequeño tocadiscos.

De mis hermanos mayores, Licha me acercó a Madam Curie, Arturo me enseñó a manejar y a andar en moto, Yola a siempre acentuar las palabras, Lilia a administrar adecuadamente los recursos y Lula con su alegría de vivir a querer la vida y a vivirla. Mis hermanos mayores me estimularon diciéndome que era inteligente, como ellos, y desde entonces, lucho por sostenerme entre la seguridad de que lo soy y el temor de que se note que no. Después de la sobremesa, Chayo tocaba la guitarra y todos cantábamos, Martha bailaba y Coco jugaba con sus muñecas. Las canciones que cantábamos siempre eran de amor o de despecho, Álvaro Carrillo, María Griver y Agustín eran nuestro repertorio. A estas alturas de la vida si algo tuviera que reprocharle a mi familia es que habiendo tenido que trabajar desde los 10 años en el negocio familiar me formé demasiado responsable o tal vez para decirlo en mexicano “apurón” o “apuralón” más de lo debido llegando a entender el trabajo como lo más importante y, en conciencia, creo que esto no es correcto.

Me tocó en suerte ser el primer hijo en separarse del núcleo familiar, y también el primero en hacer estudios profesionales. A la edad de 15 años, salí a Guadalajara para iniciar el bachillerato que

terminé a los 17 en Aguascalientes porque la economía familiar se tornó delicada. A los 17 años, me vine a México a la Facultad de Ingeniería de la UNAM a estudiar la carrera de Ingeniero Geofísico.

Conocí a Chío, mi esposa, amiga y compañera de mi vida en 1972, cuando ella estaba a punto de quedarse soltera de por vida, ya tenía 16 años y nos enamoramos profundamente. Manzanero fue parte de los momentos importantes de nuestro noviazgo, lo iniciamos escuchando a Carlos Lico con “Somos Novios” y lo terminamos con “Felicidad” con el Pirulí y desde entonces llevamos una vida de pareja, nos casamos en 1974 y estoy más enamorado de ella cada día que pasa. Quiero decirles que Chío es la persona que con su franca y abierta sonrisa y sus certeros consejos me alegra todos los días. Es mi *couch*, siempre me acompaña. Es, a decir de Lino, “la madrina de ANFECA”. ¡Gracias por todo Chío, eres todo para mí!

Del fruto de nuestro amor nacieron nuestros hijos David, Paulina y Rocío de quienes nos sentimos muy orgullosos porque son profesionales responsables, comprometidos y trabajadores. David, casado con Mariana, se ha desempeñado con mucho éxito en Price Waterhouse Coopers; a sus 34 años ya es uno de los socios fuertes en la firma. De David y Mariana somos unos presumidos abuelos de Diego Emilio, el más sonriente de todos los niños. Pau, casada con Mauricio, se ha dedicado a la Educación y actualmente está encargada de operar, y lo hace muy bien, el Campus Dinamarca de la EBC. Pau y Mauricio nos han hecho abuelos de Anne Sophie, la niña más bella y cariñosa que han conocido. Chío, nuestra pequeña, hace ocho días renunció a su trabajo como Consultor Senior en Impuestos en Deloitte para perseguir su sueño de hacer estudios de posgrado en Nueva Zelanda.

Inicié mis estudios de Contaduría Pública en la Escuela Bancaria y Comercial cuando trabajaba para la Comisión Federal de Electricidad y David ya había nacido. Con el apoyo de Chío y un poco de atención, logré estar en las papeletas de honor y ser el mejor estudiante de mi generación. En mi paso como estudiante, tengo presentes los rasgos de brillantes maestros. Mencionaré algunos: el humanismo de Miguel Gussinyé, la certeza de Alfonso Rubio, la entrega del “Tata Nanis”, la extraordinaria clase de Contabilidad Superior de Vicente Romero, incursioné en la tecnología con Javier Prieto; don Alfonso Ferreira y Jesús Hoyos me dejaron honda huella en Auditoría y recuerdo con mucho entusiasmo a Javier Labrador en Impuestos.

Encontré mi refugio intelectual en la docencia, el cual me permitió realizar muchas actividades que me gustan: dar clase, investigar, dirigir a los demás. Empecé en 1973 en la Preparatoria 8 de la UNAM con una clase de Geometría Analítica y descubrí que para mí, dar clase era natural, era facilísimo; preparaba mi clase con habilidad profesional. Sentí que hacía un trabajo de muy alta calidad, satisfactorio y lo hacía sin pretensión. Como estudiante de la carrera de Contador Público,

me reunía los sábados en la escuela para estudiar y les daba clase a mis compañeros de aula. En la EBC nos tenían destinado un salón para que lo usáramos; de esto resultó un acercamiento continuo con la Institución al grado que, en 1979, siendo estudiante de 8º semestre, me propusieron que mientras encontraban a un profesor que se les había perdido le diera clase de Estadística a un grupo. Tal vez he sido de los pocos que saliendo de un salón donde daba clase, entraba al de junto para tomar otra. Desde entonces, soy profesor en la EBC. Y si hago cuentas me percató que he estado en la docencia los últimos 37 años.

Estoy convencido de que pocas actividades como la docencia requieren una vocación firme. Dar clases, enseñar a otros, es todo un reto. Es transmitir valores. Es decirles a otros cómo deben comportarse. Es heredarles la tecnología para que sirvan a la sociedad... ¡Tocamos vidas, señores!

Quienes estamos en la docencia y dirigiendo una Institución sabemos que no es cosa fácil; es endemoniadamente difícil. Tenemos una gran autoridad, pero la responsabilidad es inmensa; sería inhumana, si no fuera por la solidaridad de los maestros, alumnos y compañeros de trabajo y sobre todo por la oportunidad de generar los mejores profesionales de nuestro país.

A pesar de que me iba muy bien en la Comisión Federal de Electricidad, con el trabajo no estaba satisfecho; por eso, cuando en 1986, el Sr. Javier Prieto me invitó a que me integrara a la Dirección de Control Escolar de la EBC, no lo pensé dos veces y comencé a trabajar aún sin saber cuánto me pagarían por mis servicios, fue de las pocas veces que he tenido enfrentamientos con Chío.

Algunas otras actividades me han marcado. Dirigí la gaceta "El Aguijón" en la preparatoria, por la cual estuve a punto de ser expulsado. Participé en el movimiento de 1968, la religión ha sido importante en mi vida, me di el lujo de ser el presidente de mis generaciones y con todo esto la vida ha sido generosa conmigo, me ha puesto en lugares donde se puede hacer mucho. En mi paso por la EBC donde he ocupado cargos de. Director de Control Escolar, Director de Servicios Escolares, Secretario General, Vicerrector Académico y actualmente únicamente Vicerrector; he participado en la transformación de nuestra Institución y he estado en el nacimiento del 2do. Anexo de Insurgentes, del campus Liverpool, del campus Dinamarca, del campus Chiapas, del campus Tlalnepantla, del Hotel Escuela, del campus Toluca, del campus Querétaro, del Campus Empresa y ahora del Campus León. He participado en la formación de nuevos planes de estudio que, en la EBC, continuamente se están mejorando. He sido parte del nacimiento de la Educación Continua y de los Posgrados, primero con Especialidades después con Maestrías y ahora formando Doctores a través de un convenio con la UNAM. Nuestra antigua escuela por correspondencia se ha transformado en un flamante campus

Virtual y han nacido en esta etapa los cursos Semipresenciales más conocidos como Carreras Ejecutivas.

La Escuela Bancaria y Comercial es una Institución convencida de que, cuando compartimos lo que hacemos y entendemos lo que hacen los demás, tenemos la oportunidad de crecer y es por ello que hemos participado activamente en ANFECA. En lo personal, debo confesar que desde que en 1986 mi Rector me pidió que me encargara de representar a nuestra Institución, me enamoré de ANFECA. Dice mi Rector que la mejor prestación que tengo es ANFECA y opino que es cierto, porque es indudable que ANFECA es una de las principales marcas de mi vida. En mi paso, he encontrado mucho talento. En las tres ponencias centrales que he coordinado, he aprendido más de la educación que en todos los años que tengo como docente. Confieso públicamente ser fundador y promotor de la zona 8 y lo mejor de todo es que, en las actividades sociales, como participante en coloquios, como ponente, como Director Asociado o como Vicepresidente, muchos de ustedes me han distinguido con su invaluable amistad.

Me encanta beber vino tinto y me gusta escribir, he escrito poesía y libros técnicos así como muchos artículos. Amo el cine; ha sido una forma de expresión de mi vida; cabe mencionar que desde que existen las salas VIP no sé si disfruto más la película, la bebida o el sueño. Me encanta la música de todos los géneros. De José Alfredo admiro las palabras “cuánto me debía el destino que contigo me pagó, Chío”, y qué dice Agustín “que no sea friolento, travieso, amargo y dulzón”; el tango, el bosanova y las rolas suenan todo el día en mi casa. Amo los viajes, creo que demasiado, normalmente estoy preparando otro antes de hacer el siguiente.

Finalmente, quiero decir que el mundo anda mal y eso nos tiene a todos angustiados; en estos momentos se confunde libertad con droga, revolución con insolencia, democracia con ética, justicia con impunidad. Cualquiera habla de valores creyendo haber descubierto un filón maravilloso. Temo a los terroristas y a los narcotraficantes, pero temo más a los sacerdotes pedófilos por las vidas que han destrozado y, desde luego, temo más a quienes justifican a cualquiera de los tres igual de brutales y de justicieros en nombre de un Dios que oculta sus crímenes.

Me siento mexicano – mexicano; disfruto a Orozco a Diego Rivera, al Indio Fernández, al tequila de mi tierra de magueyes, quiero a México, a su música y sobre todo a la cocina mexicana.

Gracias Dr. Juan Alberto Adam Siade por haberme propuesto a este nombramiento, gracias al Consejo Nacional Directivo por otorgármelo; lo comparto con mi familia. Vale mucho para mí porque me lo da la Asociación Nacional de Facultades y Escuelas de Contaduría y Administración, cuya historia es de grandeza. Si me han considerado digno de recibirlo, lo acepto con satisfacción y prometo, que lo llevaré con honor.